

LA LENGUA, ELEMENTO BASICO DE UN GRUPO ETNICO

Constantino Contreras y
Pilar Alvarez-Santullano

1. Concepto de lengua

Lengua es, en sentido técnico, el sistema de signos convencionales utilizados por una comunidad para entenderse.

Los signos de una lengua participan de la doble naturaleza del lenguaje: una parte fónica o acústica y una parte conceptual o significativa. En otras palabras, tales signos constan de significante y significado, en forma articulada o solidaria. Además, tienen otra particularidad muy importante: se pueden combinar conforme a ciertas reglas para producir infinidad de mensajes referentes a muy variadas situaciones.

Los signos de una lengua son de carácter social en cuanto los ha conformado históricamente una comunidad humana, y su destino depende también de los usuarios que han recibido ese bien social de sus antepasados.

Que una lengua sirva para comunicar infinidad de mensajes y, por otra parte, sea capaz de referirse y adaptarse a situaciones muy variadas es algo que permite distinguir precisamente el lenguaje articulado -medio privilegiado de comunicación humana- de otros sistemas de comunicación, como los códigos de ciertas especies animales o los códigos artificiales de la cibernética.

2. Lengua materna y comunidad

Todo individuo desde que nace, por el decisivo hecho de vivir en sociedad, adquiere o incorpora los signos lingüísticos utilizados por el grupo del que forma parte e internaliza también las reglas para combinar tales signos y producir nuevos mensajes. La lengua que aprende del grupo se suele denominar lengua materna, pues en ese primer aprendizaje juega un rol importantísimo la madre, aunque esto no significa que otras personas no puedan también influir. Aun un niño privado de sus padres adquiere la lengua de las personas con las cuales se rela-

ciona constantemente. Y ésa es, en tal caso, su lengua materna.

El concepto de comunidad lingüística equivale a 'grupo de individuos que utilizan la misma lengua materna', esto es, que poseen el mismo instrumento de comunicación. No coincide, pues, necesariamente con el de etnia, raza o nación.

Aunque la lengua suele ser un poderoso medio de identidad de un grupo étnico, hay casos en que grupos étnicos distintos (en sentido físico y cultural) comparten un mismo sistema lingüístico. Por ejemplo: "en las sociedades "criollizadas", los descendientes de africanos, de asiáticos, de europeos, etc., conservan un comportamiento y una conciencia propios, mientras que la lengua se ha vuelto común"¹. En sentido opuesto, hay casos en que el grupo étnico es uno solo y está cohesionado por otros elementos, menos por la lengua. Por ejemplo: "en la India central las tribus de adivasi pertenecientes a familias lingüísticas completamente distintas (...) son vecinas desde hace siglos compartiendo las mismas instituciones aldeanas y políticas"².

Menos correspondencia existe entre lengua y raza. El concepto de raza, en el sentido de 'individuos del mismo tipo físico', es un concepto realmente extralingüístico. Son numerosas, por ejemplo, las lenguas y aun las familias de lenguas negroafricanas -como la nilosahariana o la nigerocongolesa-, aunque las poblaciones que las hablan sean identificadas unitariamente como "raza negroafricana". Y, a la inversa, muchas veces con la uniformidad de una misma lengua se disimulan razas muy mezcladas. Un negro o un japonés educados desde sus primeros años en Francia en las mismas condiciones que un muchacho nativo, hablarán el francés como los niños de ese país. "Este hecho basta -dice el lingüista francés Vendryes- para que sea vana toda tentativa de unión de lengua y raza"³ y se burla de Friedrich Müller, quien hablaba de las "lenguas de los pueblos de cabello rizado y de los pueblos de cabello liso".

En fin, no hay ninguna relación necesaria entre lengua y raza. Raza es un concepto biológico, remite a una realidad natural; lengua es un concepto social e histórico, remite a una realidad cultural, a una institución.

Nunca está de más insistir en que tampoco existe una relación necesaria entre lengua y nación⁴. Hay muchas naciones que

comparten un mismo sistema lingüístico -abundan los ejemplos en muchas partes- y, a la inversa, hay naciones bilingües, como es el caso de Paraguay, donde se habla castellano y guaraní y ambas lenguas tienen una similar consideración social; y hay también naciones plurilingües, como es el caso típico de Suiza, donde se hablan cuatro lenguas: una lengua germánica (el alemán) y tres románicas (francés, italiano y retorrománico).

3. Lengua e identidad sociocultural

Ya es un lugar común afirmar que el hombre es, ante todo, un ser social. Uno de los rasgos notorios por el cual mejor se manifiesta el carácter social del hombre, se encuentra en esa tendencia que mueve a los individuos agrupados a hacer inmediatamente comunes las particularidades que fortalecen su identidad, para oponerse a los que no presentan, desde el mismo punto de vista, las mismas características. El lazo que une a los miembros de un grupo humano radica en la comunidad de ocupaciones, intereses y necesidades: su fuerza es tanto mayor cuanto que a su lado existen grupos que tienen ocupaciones, intereses y necesidades diferentes. Al respecto, es clara la afirmación de Vendryes:

En el grupo social, cualquiera que sea y por extenso que se le suponga, la lengua desempeña un papel de importancia capital. Es el lazo más fuerte que une a sus miembros: es, a la vez, el símbolo y la salvaguardia de su comunidad. ¿Hay algún instrumento -se pregunta- más eficaz que la lengua para asegurar la existencia del grupo?. Sutil, de tan variados matices, fluida y prestándose a empleos distintos, la lengua es el medio de inteligencia entre los miembros del grupo, su signo de mutuo conocimiento y unión⁵.

La lengua es, pues, un poderoso medio de identidad y vehículo de cultura tanto de los pueblos impropriadamente llamados "primitivos" como de las grandes sociedades industrializadas, en la medida en que todo grupo cohesionado tiene necesidades comunicativas y necesidad de preservar y transmitir sus bienes culturales.

4. Lengua, escritura y expresión literaria

Para muchas personas es difícil concebir una lengua como sistema independiente de la escritura, sin darse cuenta de que ésta es, como dice Vendryes, "la capa de hielo que se forma en la superficie del río", debajo de la cual fluye en su forma más espontánea, más común: la oral.

En efecto, la lengua oral o hablada es en todo sentido anterior a la escrita. En otras palabras, la escritura no es más que una técnica desarrollada para fijar las formas orales del lenguaje, efímeras por naturaleza.

No hay que olvidar tampoco que hay muchas sociedades agráfas, esto es, que no tienen escritura. Ello no les impide, sin embargo, que tengan un sistema lingüístico de comunicación. Y ese sistema suele ser tan eficaz como el utilizado por las sociedades con escritura. Decía Sapir -gran investigador de lenguas indígenas norteamericanas- que: "Las opiniones que suele tener la gente en cuanto a la extrema pobreza de expresión a que están condenadas las lenguas primitivas son puras fábulas"⁶. "Muchas lenguas primitivas -agregaba- poseen una riqueza de formas, una latente exuberancia de expresión que eclipsan cuantos recursos poseen los idiomas de la civilización moderna"⁷.

Hay que agregar que una sociedad ágrafa -aunque parezca contradictorio- normalmente tiene también literatura. En este sentido, conviene reafirmar que no existe sólo la literatura escrita, sino también la literatura oral: aquella transmitida de generación en generación y que utiliza como medios sólo la memoria y el habla.

Según los testimonios históricos y antropológicos, en todas las sociedades existen ciertos discursos -breves o largos- que los miembros de la sociedad valoran positivamente y consideran necesario preservar. "Tales discursos -como dice Hockett- constituyen la literatura de esa sociedad"⁸.

En una sociedad con escritura, es normal que la literatura presente una diversidad mayor de formas y funciones. En una sociedad ágrafa, la literatura suele tener una variedad menor de formas, pero cumple una función más cohesionante en el grupo. Como sostiene el mismo Hockett, "la tradición literaria de una comunidad es un mecanismo vital para instruir a la juventud en las actitudes y pautas de comportamiento sancionadas por

la cultura, sirve para transmitir la fibra moral de la comunidad de una generación a otra"⁹.

Estamos condicionados por la cultura del libro y eso nos impide, en gran medida, captar con objetividad la función y la importancia que tiene la literatura oral dentro de un grupo humano para el cual la escritura no tiene tanta relevancia. Tal condicionamiento es una faceta de lo que los sociólogos y antropólogos llaman "etnocentrismo". Sin embargo, desde la perspectiva interna, es decir, de los individuos de ese grupo étnico, su literatura oral será la mejor literatura, por su valor estético y utilitario que sólo ellos comprenderán cabalmente.

Existen testimonios próximos. Un buen ejemplo es el de esos relatos orales que el pueblo mapuche llama epeo. El profesor Adalberto Salas, que ha estudiado algunos de esos textos orales, confirma que la función primaria o inmediata de tales relatos orales es la entretención, pero que su función última o mediata es la transmisión cultural. "Cada vez que un niño mapuche escucha un epeo -dice Salas-, está captando contenidos culturales. Para este niño, los epeo forman parte importante de su educación como mapuche, de la formación de su identidad sociocultural"¹⁰.

5. Lengua y visión de mundo

Según una concepción ingenua, aunque bastante extendida, la lengua sería un repertorio de palabras, cada una de las cuales correspondería a una cosa. Desde este punto de vista, las lenguas serían calcos o espejos de la realidad. Pero ya en el siglo pasado Wilhelm von Humboldt y posteriormente los neo-humboldtianos (Sapir y Whorf, por ejemplo) han sostenido que las lenguas se diferencian unas de otras no sólo en sus niveles formales más perceptibles, sino también en el nivel más profundo del contenido o dimensión semántica, esto es, en el modo de organizar conceptualmente la realidad. Para tales autores, cada lengua encierra una concepción diferente del mundo, cada lengua es un pequeños cosmos que hace consciente sólo un segmento de la realidad objetivamente dada. Ninguna refleja la realidad en su absoluta riqueza, sino que cada una es el resultado imperfecto del esfuerzo intelectual de un determinado grupo por dar cuenta de dicha realidad.

Se ha escrito bastante sobre este tema que es de mucho

interés¹¹. Consta, por ejemplo, que en las lenguas orientales, y particularmente en los dialectos de Vietnam, no existe una palabra que de una manera genérica designe el 'arroz', pero hay varias decenas de ellas para distinguir conceptualmente las diferentes clases de arroz. Lo mismo sucede entre los esquimales con el concepto de 'nieve': no tienen una palabra, sino varias, diversos términos según la referencia a la nieve cayendo, a la nieve blanda, a la nieve derretida, etc. Los mapuches no tienen un término genérico para el concepto de 'árbol', pero sí muchos términos para designar las distintas clases de árboles nativos que han abundado en su territorio: tique, tepú, radal, coihue, tenío, luma, mañío, lingue, etc. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Durante mucho tiempo se creyó que los idiomas que carecían de una palabra para un concepto determinado eran idiomas pobres. Hoy sabemos que no es un problema de pobreza o de riqueza lingüística, sino que se trata de formas distintas de clasificar los datos de la experiencia.

6. La variación lingüística (y el concepto de dialecto)

Toda lengua está sometida a dos fuerzas sociales que se oponen o complementan. Saussure, cronológicamente el primer teórico del lenguaje de nuestro siglo, las llamaba "fuerza de intercambio" y "espíritu de campanario". La primera tiende a la unidad, a la nivelación lingüística. Y depende de la mayor intensidad de las relaciones entre los miembros de la comunidad. La segunda tiende a la diversidad, a la fragmentación. Y depende del débil intercambio comunicativo. En este caso, cada subgrupo mantiene frágiles vínculos con los demás.

Así, pues, que una lengua sea un "sistema uniforme" para toda la comunidad que la utiliza no pasa de ser una abstracción y, en muchos casos, sólo una aspiración o ideal asociado al sentimiento de identidad o al deseo de asegurar la mutua comprensión entre los miembros de la comunidad.

Los estudios especializados han demostrado suficientemente que una lengua no sólo varía en el sentido histórico o diacrónico. La misma lengua, históricamente conformada, en un momento dado se presenta como un "diasistema", esto es, como un todo integrado por sistemas parciales o "subsistemas" que implican inevitables variaciones: variaciones o diferencias diatópi-

cas, esto es, que se manifiestan en el espacio geográfico; variaciones o diferencias diastráticas, las que dependen de la estratificación socio-cultural; y variaciones o diferencias diafásicas, las que derivan de diferencias expresivas o de estilo (ejemplo: estilo formal / estilo informal).

El subsistema que, confrontado con otro u otros de la misma lengua, configura variaciones regionales de ésta dentro de su territorio, es lo que corresponde al concepto de dialecto.

Y nada más controvertido que este concepto. El no especialista suele entender por "dialecto" todo hablar de menor prestigio, lo que no pasa de ser una apreciación bastante externa y subjetiva.

Pero entre los mismos investigadores dista mucho de existir un consenso al respecto. El sociolingüista británico R. A. Hudson, por ejemplo, considera que "no se puede trazar realmente una distinción entre 'lengua' y 'dialecto' (excepto por referencia al prestigio, y en tal caso sería mejor usar el término 'lengua estándar' o simplemente 'estándar' mejor que simplemente 'lengua')"¹².

Sin embargo, los dialectólogos suelen tener una posición teórica bastante diferente. Zamora y Guitart, por ejemplo, investigadores que trabajan en los Estados Unidos, afirman precisamente lo contrario: "Todo el mundo habla algún dialecto, y una lengua no es más que la suma de sus dialectos". Y explican esta dinámica de la siguiente manera: "una lengua está cambiando constantemente, pero los cambios son de diferente naturaleza en cada una de las regiones donde existen grupos de hablantes de esa lengua. Esto produce la dialectalización"¹³.

Determinar el grado de cohesión geográfica de una lengua o -por otra parte- el de dialectalización es tarea que corresponde a la investigación de campo y particularmente a la geografía lingüística¹⁴ o "geolingüística". Las situaciones podrán ser variadas, según múltiples factores que afectan a los grupos de hablantes (históricos, demográficos, socio-culturales, etc.).

En la medida en que el castellano -pongamos por caso- presenta subsistemas parcialmente diferenciados en sentido geográfico, pero que se perciben como pertenecientes a esta misma lengua y no a otra, tales subsistemas son sus dialectos. Así, el **castellano** de Andalucía presenta algunas diferencias con res-

pecto al de Castilla. El castellano de Hispanoamérica (y aun el de cada país hispanoamericano) no se sustrae tampoco al proceso de dialectalización. De ahí que nos sorprendan a veces algunos usos lingüísticos mexicanos, venezolanos o argentinos. Pero suelen ser diferencias de superficie, más que de estructuras fundamentales.

De acuerdo con los conceptos aquí utilizados, también el mapudungu es obviamente una lengua, lengua históricamente conformada por la comunidad mapuche o araucana de Chile (y parte del territorio transandino). A fines del siglo pasado y comienzos del presente, el sabio alemán Rodolfo Lenz distinguía en sus Estudios Araucanos los siguientes dialectos del mapuche en Chile: picunche, hablado en Malleco; moluche o ngoluche, hablado en Cautín; williche, de Osorno, y pehuenche, de la cordillera de los Andes. Según el profesor Adalberto Salas -estudio so de esa lengua- "Todo parece mostrar que esta división -la señalada por Lenz- es válida todavía hoy" 15.

7. Vitalidad lingüística

Cuando una comunidad está fuertemente cohesionada por sus instituciones, esas mismas instituciones suelen frenar la fuerza de la variación lingüística, pues interesa conservar la unidad idiomática, que es parte importante de la organización social.

Cuando esos vínculos se debilitan, la variación puede conducir decididamente a una fragmentación en códigos altamente diferenciados. En algunos casos, los distintos estilos de vida de los estratos socioculturales pueden conducir a una escisión de la lengua en dos o más variedades diastráticas usadas para situaciones distintas dentro de la misma comunidad¹⁶. Tal es el caso del griego moderno que está diferenciado en el demótico, utilizado para la comunicación popular y familiar, y el katharévousa, para la comunicación formal, oficial y pública.

En otros casos, a los factores diastráticos se han sumado elementos de desvinculación geográfica, debilitamiento de la administración centralizada a la vez que fortalecimiento interno de los núcleos regionales, etc. En tales situaciones, la historia lingüística ha demostrado suficientemente que la dialectalización puede conducir a la formación de sistemas lingüísticos altamente diferenciados e independientes; es decir, en

condiciones favorables, los dialectos pueden transformarse en lenguas. El latín y las lenguas románicas constituyen un buen ejemplo. Claro está que en situaciones como ésta han concurrido múltiples factores, tanto internos como externos.

En cierto sentido, el latín no es una "lengua muerta", puesto que gradualmente se transformó en otras lenguas: las románicas o neolatinas. Como dice el lingüista sueco Bertil Malmberg, una lengua muere efectivamente cuando no deja descendencia, muere cuando muere su último hablante, como sucedió con el córnico, lengua céltica de Cornualles (en Inglaterra), que se extinguió con la muerte de Dolly Pentreath el 26 de diciembre de 1777, y como sucedió también con el dálmata, lengua románica que se hablaba en las costas e islas adriáticas que hoy pertenecen a Yugoslavia. Esa lengua murió cuando murió Antonio Udina, su último hablante, el 10 de junio de 1898¹⁷.

Más cerca de nuestra realidad, nuestro siglo ha presenciado el camino a la extinción de las lenguas fueguinas, como el selk'nam, la lengua de los onas, y el yámana, la de los yah-ganes.

La muerte de una lengua puede ocurrir por aculturación o asimilación gradual del grupo a otro dominante o por extinción de los hablantes. Tal extinción puede ser natural o bien provocada por otro grupo. En el caso particular de la lengua selk'nam concurrieron -como es bien sabido- todos esos factores.

En la dinámica de las lenguas, se han observado además otras situaciones. Hay lenguas nacidas por convergencia de elementos de distintas lenguas. El ejemplo más claro es el de las llamadas "lenguas criollas" de las Antillas Menores. Tal es el caso del papiamiento de Curazao, formado por la concurrencia de elementos lingüísticos de origen africano y del portugués, más elementos españoles y neerlandeses.

Más excepcional es el caso de una lengua emergente o "resucitada" por planificación estatal con el fin de fortalecer la identidad del grupo étnico y tener un instrumento unitario de comunicación. Este es el caso del hebreo, lengua muerta desde hacía unos dos milenios. La lengua hebrea se convirtió primero en la segunda lengua viva de los colonos sionistas, y luego en lengua materna de un crecido número de niños nacidos en el moderno estado de Israel.

En el contexto de nuestra realidad lingüística más inmediata, ¿cuál es la situación del mapudungo, como lengua de una minoría étnica?. Es indudable que esta lengua -como casi todas las lenguas indoamericanas- ha venido perdiendo vitalidad por la presión sociocultural y lingüística de los hispanohablantes. Esto es, para acceder a los patrones sociales y culturales de la comunidad dominante, los mapuches han tenido y tienen que aprender el castellano en desmedro de su propio idioma. El mapudungo se conserva vitalmente activo solamente en los indígenas de mayor edad. El profesor Gastón Sepúlveda, quien trabaja en un programa de educación indígena en la región de la Araucanía, ha verificado que para las nuevas generaciones mapuches es muy difícil distinguir entre primera lengua o lengua materna y segunda lengua. Los jóvenes utilizan una especie de mezcla o "continuum" que incluye mapudungo y español. El observador deja en claro que los hablantes nativos de mapudungo son sólo individuos de 35 años hacia arriba y que incluso éstos usan en forma preferente el castellano que aprendieron como segunda lengua¹⁸.

La pérdida de vitalidad del mapudungo alcanza también a sus dialectos más periféricos. Así, particularmente el willliche (o huilliche) de la provincia de Osorno -llamado tsesungún por los nativos- está bastante debilitado en la actualidad, frente al fortalecimiento cada vez mayor del castellano, proceso favorecido indudablemente por la acción de la escuela. Según nuestras propias observaciones, este dialecto conserva una relativa vitalidad únicamente en los nativos mayores de 60 años; las personas de mediana edad sólo conocen de él algunas palabras; y a los jóvenes y niños ya les está resultando un código bastante exótico.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. Observación del Prof. Roland J. L. BRETON de la Universidad de Yaundé. Vid. su Geografía de las lenguas, trad. de Damià de Bas, Barcelona, Oikos-Tau, S. A. Ediciones, 1979, p. 67.
2. Ibíd., p. 68.
3. J. VENDRYES: El lenguaje. Introducción lingüística a la historia, trad. de Manuel de Montoliu y José M. Casas, México, UTEHA, 1958, p. 259.
4. Sobre la presunta unidad lengua -nación, sostiene Bertil MALMBERG lo siguiente: "es fácil comprobar que este ideal no existe casi en ninguna parte. El único ejemplo en el mundo occidental sería Islandia. Sólo se habla islandés en Islandia y en ninguna otra parte" (Introducción a la lingüística, trad. de Pilar Calvo, Madrid, Ediciones Cátedra, 1982, p. 131).
5. VENDRYES, op. cit., p. 263.
6. Edward SAPIR: El lenguaje. Introducción al estudio del habla, trad. de Margit y Antonio Alatorre, México -Buenos Aires, FCE, 1954, p. 31.
7. Ibíd., p. 30.
8. Charles F. HOCKETT: Curso de lingüística moderna, trad. de la 4ª. ed., 1962, y adaptada al castellano por Emma Gregores y Jorge Alberto Suárez, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, p. 532.
9. Ibíd., p. 542.
10. Adalberto SALAS: "De la etnografía a la literatura, de la literatura a la etnografía", en Cultura - Hombre - Sociedad, Revista de Ciencias Sociales y Humanas CUHSO, vol. 1 N°1, Pontificia Universidad Católica de Chile, Temuco, septiembre 1984, pp. 205 - 221, cit. p. 208.
11. Una obra ya clásica consagrada a este tema es la de Heinz SCHULTE-HERBRÜGGEN: El lenguaje y la visión del mundo, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1963.
12. R. A.. HUDSON: La sociolingüística, trad. de Xabier Falcón, Barcelona, Edit. Anagrama, 1981, p. 47.
13. Juan C. ZAMORA MUNNÉ y Jorge M. GUITART: Dialectología hispanoamericana. Teoría - Descripción - Historia, Salamanca, Ediciones Almar, 1982, p. 17.

Ya VENDRYES advertía también que: "De todos modos, la misma gente que habla no se equivoca a este respecto. La división dialectal responde a un sentimiento real, que tienen los habitantes de una misma región, de hablar de cierta manera que no es la de la región vecina"(op. cit., p. 270).

Desde otro punto de vista, el concepto de dialecto ha sido aplicado también a las diferencias lingüísticas diastráticas, es decir, de naturaleza sociocultural. Para referirse a tales diferencias lingüísticas no regionales algunos autores hablan de dialectos sociales o sociolectos, pero no todos están de acuerdo con estas denominaciones. Vid. R. A. HUDSON, op. cit., pp. 53-54.

14. Eugenio COSERIU: "La geografía lingüística", en El hombre y su lenguaje, Madrid, Edit. Gredos, 1977, pp. 103-158. Cfr. Manuel ALVAR: Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual, Madrid, Edit. Gredos, 1969.
15. Adalberto SALAS: "Mapuche ¿lengua o dialecto?", CUHSO, vol. 2 N°1, abril 1985, pp. 109-124, cit. p. 116.
16. Esta situación típica es la que técnicamente se denomina diglosia, término introducido en la bibliografía sociolingüística por Charles Ferguson hace ya algunos años. Vid. R. A. HUDSON, op. cit., pp. 63-66.
17. Bertil MALMBERG: La lengua y el hombre, trad. de Javier López Facal y Kristina Lindström, Madrid, Ediciones Istmo, 2ª. ed., 1972, vid. p. 207.
18. Gastón SEPÚLVEDA: "Vitalidad etnolingüística de la lengua araucana", CUHSO, vol. 1 N°1, septiembre 1984, pp. 223-238.